

Operaciones autoformantes y *Lógica para humanistas*. En recuerdo de Gustavo Bueno

Fernando Miguel Pérez Herranz. Universidad de Alicante (España)

Recibido 28/05/2025

Resumen

Con motivo del centenario del nacimiento de don Gustavo Bueno (1924-2016), he recordado un libro mío, escrito hace más de veinticinco años, titulado *Lógica para humanistas* (1998-1999), en el que desarrollaba una de sus ideas filosóficas: la lógica era resultado de utilizar signos *autogóricos* según operaciones *autoformantes*. Esta idea podía recogerse en una especie de enigma que iba incorporado en la dedicatoria: «A D. Gustavo Bueno, de quien aprendí que en lógica lo importante no es mirar a la luna, sino al dedo que la señala». En estas líneas de homenaje a Gustavo Bueno se hacen algunos comentarios y reflexiones sobre su obra teniendo como eje articulador el libro referido, *Lógica para humanistas*.

Palabras clave: signos autogóricos, operaciones autoformantes, lógica para humanistas, materialismo formalista.

Abstract

Self-Forming Operations and Logic for Humanists. In Memory of Gustavo Bueno

On the occasion of the centenary of the birth of Mr. Gustavo Bueno (1924-2016), I recalled a book of mine, written more than 25 years ago, entitled *Logic for Humanists* (1998-1999), in which I developed one of his philosophical ideas: Logic was the result of using *autogorical* signs according to *auto-forming* operations. This idea could be captured in a kind of enigma that was incorporated into the dedication: «To Mr. Gustavo Bueno, from whom I learned that in logic the important thing is not to look at the moon, but at the finger that points to it». In these lines of homage to Gustavo Bueno, some comments and reflections are made on his work, based on the aforementioned book, *Logic for Humanists*.

Key words: Autogorics Signs, Autoforming Operations, Logic for Humanists, Formalist Materialism.

Operaciones autoformantes y *Lógica para humanistas*. En recuerdo de Gustavo Bueno

Fernando Miguel Pérez Herranz. Universidad de Alicante (España)

Recibido 28/05/2025

Hace veinticinco años publiqué un libro titulado *Lógica para humanistas*, que dediqué a Gustavo Bueno (Pérez Herranz, 1998-1999). Estaba concebido como un manual para facilitar a estudiantes formados en el ámbito de las llamadas *letras* y, en concreto, a los estudiantes de tercer curso de Filología de la Universidad de Alicante, el aprendizaje de los rudimentos de la lógica matemática o lógica simbólica. La lógica, como materia de estudio, queda en un lugar intermedio entre su consideración como un álgebra —el álgebra de Boole—, un territorio propio de las ciencias, y como una formalización del razonamiento natural en lenguaje ordinario, un territorio más propio de las *letras*. En aquel momento, los estudios de lingüística se conectaban a través de la lógica con el mundo que había abierto el uso de los ordenadores. Los estudiantes deberían adquirir también una formación de esta nueva herramienta que no dejaba de ser un aspecto semiótico más, desplegado en el ámbito de la manipulación de los símbolos. Pero el que esta asignatura quedara en manos del Área de Filosofía arrastraba un corolario con el que quizá no se contaba: desde la filosofía, hay una necesidad de encontrar un fundamento de lo que se está diciendo, de lo que se está enseñando. Enseñar lógica no podía significar exclusivamente mostrar unas cuantas reglas de formación de fórmulas o resolver unas tablas de verdad.

La filosofía está comprometida con la investigación de los principios de las disciplinas. Esta es la labor que heredamos de los griegos, de Platón y de Aristóteles. Y este fue el reto al que me enfrenté: cómo engarzar el ejercicio de la lógica con los fundamentos que la hacen consistente. A la vez, en tanto que asignatura a impartir, había que hacerla asequible pedagógicamente, sin salirnos de los límites de un nivel introductorio. En definitiva: se trataba de entrelazar el ámbito duro de las ciencias —el *cuadrivium*— con el ámbito cotidiano del razonar en las lenguas vernáculas, el ámbito de las letras —el *trivium*—; de ensortijar su uso práctico con la exigencia gnoseológica.

Y todo ello seguido de un corolario: los efectos de la lógica no solo en la vida académica, sino en la ordinaria, que ya estaba en marcha por la utilización cada vez más extendida de los ordenadores.

En aquellos años finales de los 90 del pasado siglo, se habían traducido los trabajos de los más preclaros lógicos europeos, norteamericanos y aun soviético-rusos (a través de la editorial Mir). Y también contábamos con manuales de introducción a la lógica. Manuel Garrido en la Universidad de Valencia había publicado *Lógica simbólica* (1974), que era para muchos profesores de filosofía —no solo de Valencia, sino de toda España— su manual de referencia. Se siguieron editando muchos otros manuales con ejercicios sencillos para llegar a los principiantes. De manera que nos encontrábamos provistos de un amplio surtido de introducciones. Pero en todas ellas, seguramente herido —*lletraferit*—, en este caso, por la pretensión de fundamentar todo lo que enseñaba en clase, encontraba una carencia que se presentaba como un enigma heracliteano: «Presentes, están ausentes» (*παρεόντας ἀπείναι*, frg. 34). ¿Qué estaba ausente, estando presente, en estos manuales?

La respuesta la encontré en un trabajo de Gustavo Bueno titulado «Operaciones autoformantes y heteroformantes» (Bueno, 1979a y 1979b), una exposición de los fundamentos de la lógica realmente admirable. En él se encontraba bien explícita y perfectamente argumentada la clave de la lógica; y esa clave quedó inscrita en la dedicatoria:

A D. Gustavo Bueno, de quien aprendí que en lógica lo importante no es mirar a la luna, sino al dedo que la señala.

El enigma de la lógica se resolvía mirando al «dedo» y no a la «luna». Eso es lo que había que hacer y mostrar a los estudiantes: ¡Mirar al «dedo» y no a la «luna»! Y esa era la solución al enigma que ahora tenía que formalizar y desarrollar.

La *Lógica para humanistas* se habría de diferenciar de los demás manuales en esto: los signos de la lógica no eran sustitutivos, sino, dirá Bueno, *autogóricos* y las operaciones realizadas con esos signos, *autoformantes*. La lógica no era la clave de la Naturaleza, porque ella es Naturaleza (es «dedo» con el que se opera y no «luna» a la que se sustituye mediante una metáfora). Más tarde René Thom, mi otro maestro, señalará que es característica arrogante pensar que una disciplina cualquiera, incluso

las matemáticas, pudieran fundarse en sí mismas: «¿Por qué, después de todo, debería ser la matemática la única ciencia que pudiese encontrar sus fundamentos en sí misma o en la lógica?». Las matemáticas también son parte de la Naturaleza. Ambos, Bueno y Thom, por vías distintas venían a coincidir con Baruch Spinoza cuando en el *Tractatus theologico-politicus* había mostrado que la Biblia debía ser estudiada en clave histórica, porque el Libro también es parte de y pertenece a la Historia.

Gustavo Bueno hacía recaer el momento esencial de la lógica en aquel en el que se llevan a cabo sus operaciones en razón al carácter de sus signos que ni son *autónimos*, en los que el significado es *causa* del significante, aunque de tal manera que el significante sea parte del significado, la característica de los términos *autorreferentes* —la primera palabra que escribió mi hija fue «mamá»—. Ni son *tautogóricos*, en los que el significante es causa del significado; así, la exclamación «¡Fuera!» sería un signo tautogórico *si* causara la acción de salir. El caso límite de los signos tautogóricos es el de los *signa sui*: los signos mágicos y religiosos. Por ejemplo, la «imposición de manos» sobre el enfermo al que se pretende curar, etc. Los signos lógicos, dice Bueno, son autogóricos: *cuando los signos producen otros signos*, sin referencia más que a sí mismos. Ahora bien, es una necesidad interna la de reiterar los signos, por ser estos finitos, para dar cuenta de las cosas infinitas según el postulado aristotélico (*Refutaciones sofísticas*, 165 a 10). Pues bien, las *operaciones autoformantes* son aquellas que incluyen la reproducción de al menos uno de los núcleos componentes en el término resultante de suerte que la relación entre el término reproducido y el parámetro se mantenga entre sí como parte de un todo distributivo o en el caso más eminente, como la misma parte. Como ejemplos muy intuitivos, sean las operaciones autoformantes : $a \cdot 1 = a$; $a + 0 = a$; $a + a = a$; $a \cdot 0 = 0$, etc. Si se estudia la lógica desde la naturaleza de sus operaciones, aparecen características que pasan desapercibidas en la perspectiva formalista. Una operación se refiere a los *términos operados* (factores) y al *resultado* de la operación.

Recordemos, muy rápidamente. En una operación hay que distinguir: por una parte, *los términos componentes y los nombres* de los términos componentes. Y, por otra, *los términos resultantes y los nombres* de los términos resultantes. Así, en la operación $a + b = c$, hay que destacar que «c» no es el nombre de un objeto construido por « $a + b$ », que pudiera tener otro nombre, sino que «c» es el propio objeto construido a través del objeto designado por « $a + b$ ». Lo ilustraré con un ejemplo muy sencillo:

Sea la suma « $7 + 5 = 12$ ». La conjetura de que esta suma es analítica, en el sentido de que el predicado «12» no añade nada al sujeto « $7 + 5$ », supone que «12» no es más que el nombre de « $7 + 5$ », es decir, una abreviatura de « $7 + 5$ ». Esta formulación es inaceptable gnoseológicamente porque el predicado no es «12», sino el relator: « = », así como los sujetos son: « $7 + 5$ » y «12». Y esto por dos razones:

- i) Porque el resultado «12» puede *segregarse*, separarse, de la operación suma. La autonomía del signo «12» se muestra en el hecho de que puede recomponerse con alguno o todos los factores; por ejemplo: « $12 - 5$ ».
- ii) Porque el resultado puede *nombrarse* mediante otro símbolo: « $\sqrt{144}$ », « 3×4 », «1100», etc. El símbolo «12» es el resultado de un algoritmo operatorio y no se puede definir como una abreviatura de, pongamos por caso, la suma de doce trazos: «|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|+|». Los símbolos 1, 2, 3... n , son símbolos aritméticos, resultados de operaciones y no meros nombres. Dicho de otro modo: 1, 2, 3... n , no *designan* símbolos matemáticos, sino que *son* entes matemáticos procedentes de otros entes matemáticos y, por tanto, vinculados entre sí. De lo contrario « $7 + 5$ », por ejemplo, no nos conduciría a un objeto nuevo «12», sino a un *nombre* que denotaría a un objeto previamente dado y esto supondría la reduplicación del mundo, supondría que la esencia «12» existe con anterioridad a la construcción, tesis con la que no podemos comprometernos desde nuestra perspectiva ontológica.

A partir de aquí se mostrará cómo la lógica es un álgebra de Boole, con consecuencias realmente decisivas para comprender la naturaleza, entre otros, de los ordenadores, resultado de la composición de circuitos eléctricos (electrónicos), contruidos según las reglas del álgebra de Boole. *Lógica para humanistas* invitaba a no renunciar a la tarea de comprender el funcionamiento del ordenador, un mero álgebra de Boole. Y ofrecía las herramientas con las que puede iniciarse para alcanzar ese objetivo. Esta fue la razón de este trabajo en su día.

* * *

Pasaron los años, y los programas de letras se hacían cada vez más de letras, tanto la lingüística como la propia filosofía, y *Lógica para humanistas* —como los manuales de

lógica en general— fue quedando arrinconado en las estanterías. Otros sucesos y acontecimientos, alguno de los cuales podía configurarse ya como una Singularidad histórica, ocurrieron que desviaron la atención del mundo en general y de la academia en particular: el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, la guerra de Irak, los conflictos continuados en Oriente Medio o en la Asia postsoviética, la entrada de China en el mercado mundial... Ya no era la cuestión determinante la lógica, la argumentación objetiva o neutral, sino el Sujeto. Ese Sujeto universal que la filosofía europea-occidental había elaborado y que, ya lo empezaba a entrever, no había sido capaz de detener (si es que no era el que las impulsaba) las grandes catástrofes de las dos guerras mundiales del siglo XX llevadas a cabo entre europeos contra europeos. G. Bueno pareció inclinarse (así lo interpreté yo) por un Sujeto configurado en y desde el Imperio español y empezó a escribir sobre cuestiones de historia, de ideología o de política, abandonando la teoría del cierre categorial en el quinto volumen de los quince prometidos.

* * *

Por aquella época Gustavo Bueno ya había consolidado su *materialismo filosófico* en los tres núcleos de la filosofía, que habían advertido estoicos y epicúreos: «Posidonio juzgaba más conveniente comparar la filosofía con un animal: la física con la sangre y la carne, la lógica con los huesos y tendones, y la ética con el alma» (Sexto Empírico, *Ad. math.*: VII, 19). Y los epicúreos en *canónica* (el núcleo lógico-ontológico), *física*, y *moral*. (Diógenes Laercio: X, 30). Bueno había escrito la ontología en *Ensayos materialistas*, la epistemología o gnoseología en la *Teoría del cierre categorial* y la ética con su distinción entre *Ética* y *Moral*. Y ya con los conceptos bien pergeñados, hacía incursiones en las Ideas que se cruzaban en el ejercicio propio del filosofar: «Reliquias y Relatos» (1978a), «Sobre el concepto de “espacio antropológico”» (1978b), «Imagen, símbolo y realidad» (1980), «Tolerancia» (2010) y muchísimas más que hoy se pueden encontrar fácilmente.

Pero al cambiar la dirección de su reflexión, de las ciencias a la historia ideológica o política, le fue necesario recurrir a la (*espinosa*, decía Zizek) cuestión del Sujeto. Sea cierto o no —lo dejo para sus exégetas y escolásticos—, me pareció entender que toda esta construcción ontológica, gnoseológica y ética, que denominó *materialismo filosófico*,

tenía que plegarse a un Sujeto que se encontraba detrás de las argumentaciones. Un Sujeto que, si no oculto, sí había quedado difuminado en la época del cierre categorial. Un Sujeto que a veces pudo parecer un sujeto «socialista» y otras, un sujeto «trascendental»; ahora, y frente al Sujeto de cuño protestante, se reivindicaba el sujeto imperial español. Lo escribí más tarde en «El sujeto en la filosofía de Gustavo Bueno: socialista, imperial y trascendental» (2017). En la época de la guerra del Golfo, hubo crisis en, al menos, algunos discípulos y simpatizantes de Bueno, y desde luego en mí mismo. Una crisis que se manifestó de hecho con la fundación de la revista *Eikasía* (2005). Y me dispuse a reconstruir todos los materiales, muchos de los cuales daba por sabidos más por fe que por crítica. También lo he dejado escrito en «Mi parentesco “escritural” con Teresa de Ávila» (2024a). En cualquier caso, aquel giro, explíquelo cada uno como crea pertinente, me llevó a releer todo lo anterior con otra mirada y a perfilar mi propia reflexión sin los postulados de Bueno. De todo esto ya he hablado suficiente. Y el marco general de este Sujeto está contado en estos mismos volúmenes dedicados a Bueno en el aniversario de su nacimiento. Todo esto, ¡faltaría más! no anula el papel que ha desempeñado su obra.

Pues, de lo que no cabe duda, es de la importancia de la obra de Gustavo Bueno en el pensamiento español y, de manera especial, de la obra de su primera época. Resultó ser un gran revulsivo para salir del escolasticismo vigente en la academia española, que había quedado obsoleto y del que Javier Muguerza decía que atentaba al mismo tiempo contra el sentido común, la lógica de los *Principia mathematica*, el principio de verificabilidad, la sintaxis, la semántica, la pragmática y el habla corriente (Muguerza, 1974: 126). Y, además, evitaba caer en ese deporte nacional de entregarse al mejor postor o a quien está de moda; el deporte de rendirse a las maneras de pensar foráneas. Que, por cierto, causan grandes frustraciones, porque, aunque a muchos les guste ser considerados filósofos analíticos anglosajones, estructuralistas franceses o dialécticos alemanes, no dejan de cargar con sus apellidos españoles. Y ya se sabe que más allá de los Pirineos *Hispania non placet*, en contundentes palabras de Erasmo (que fue en algún momento, no sé si todavía, símbolo de la unidad europea).

España no dejaba de ser un conglomerado de moros, judíos y paganos que había que separar de los cristianos viejos (y vista la estructura social actual no parece que hayamos resuelto el problema). En el volumen tercero de *Más allá de imperios y de naciones* (2024) he ofrecido un amplio repertorio de testimonios de cómo veían los europeos a los españoles. Ya Ludovico Ariosto o el prelado Camilo Borghese argumentaban que si había Inquisición en España es porque estaba llena de judíos, conversos y herejes. Yo proseguí la idea de Bueno con fondo unamuniano, sin duda, de no buscar fuera lo que se encontraba dentro, pero por una vía diferente: No la del Sujeto imperial de los cristianos viejos, que no era sino una abstracción, una segregación ideológica de una población mixta, híbrida, en permanente conflicto, pero que condujo, sorprendentemente, hacia un pensamiento de lo universal, centrado en la dignidad del hombre: «Cada uno es hijo de sus obras». Un pensamiento que fluyó a través de la escritura, arrancando a finales del siglo XIII con la singular figura de Pablo de Santa María, y auspiciado por las Cortes de Juan II de Castilla y Alfonso V de Aragón, hasta el periodo que se conoce como *Siglo de Oro*. En este sentido, desde fuera de España se contemplaba mejor el Sujeto híbrido que no podía sustancializarse ni siquiera en el nombre, pues abarcaba el sujeto hispano hasta el siglo XVI; el sujeto español, hasta mediados del XVII; y el sujeto hispánico, hasta los últimos años del XIX.

Seguí mi propio camino de perfección, como decía Teresa de Jesús, y me dispuse a escribir las condiciones de ese Sujeto híbrido, en contraste con el Sujeto puro y reformado europeo y el cristiano viejo español, en *Lindos y tornadizos* (2016); la ontología pertinente en *Ambiguus proteus* (2019); la ética alrededor de los Derechos Humanos en *El esclavo, sombra de su señor* (2021); y mi concepción de la Historia desde una perspectiva local en *Cuatro cuadros y cuatro contrastes. En torno a la cuestión vasca* (2021) y desde una perspectiva global en *Más allá de imperios y de naciones* (2023-2025).

* * *

La importancia de la filosofía de Gustavo Bueno no se reduce al pensamiento académico, universitario. En donde ha tenido una repercusión más extensa e intensa, me parece, ha sido en la enseñanza secundaria, y este efecto le honra. Con motivo del fallecimiento de Gustavo Bueno escribí unas líneas que, por motivos ajenos a mi

voluntad, no fueron publicadas en su momento. Aprovecho esta ocasión para recordarlas, porque en ellas hacía un reconocimiento a quien, seguramente, debemos que la asignatura de Filosofía se mantuviera vigente, en contra del deseo y la intención de gran parte de intelectuales y políticos (de todas las condiciones) de reemplazarla por la sociología, la psicología, la economía... todas ellas llamadas *ciencias útiles* y no especulativas como la filosofía, esa disciplina que se dedica a discutir sobre cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler:

La muerte biológica del filósofo Gustavo Bueno ha venido a coincidir con la muerte académica de la Filosofía. No es circunstancia baladí, porque seguramente el mantenimiento de la asignatura de Filosofía como saber académico, del que los alumnos debían dar cuenta en los exámenes, se debió al impulso que le dio el profesor Bueno a partir de su ya mítica polémica con Manuel Sacristán, otro filósofo de enjundia de la época, sobre el papel que debería desempeñar la filosofía en el conjunto de los saberes merecedores de ser enseñados en las instituciones educativas y gestionadas por el Estado. Si Sacristán proponía la supresión de la Filosofía como licenciatura o especialidad universitaria y su transformación en un «Doctorado en Filosofía», que surgiera de las licenciaturas de los saberes positivos, Bueno estimaba la filosofía como saber sustantivo, y delimitaba el propio oficio del filósofo, que es el contenido mismo del libro. El triunfo de las tesis de Bueno se verifica en el hecho mismo de haberse mantenido la filosofía como asignatura en los institutos hasta hoy mismo, aunque, junto con las Humanidades en general, cada vez con mayores dificultades para superar la agresividad de los saberes técnicos, que pretenden monopolizar toda la Educación.

En aquellas palabras de recuerdo y homenaje, seguí recordando el apoyo familiar que recibió a lo largo de su carrera y, de manera especial, de su esposa, doña Carmen, a quien siempre tuve un afecto especial:

Gustavo Bueno ha fallecido al tiempo que su esposa, otra coincidencia muy significativa. Doña Carmen no solo lo acompañó, sino que participó en su trabajo y en su esfuerzo; muchos de nosotros la recordaremos siempre en las conferencias de Bueno, en primera fila, modulando sus intervenciones con sus gestos ante la exasperación que lo acometía al llegar a determinadas partes de su discurso.

Y también recordé cómo trató de pasar a los medios audiovisuales, en los que desplegó toda su arte retórica, pero, como pudimos comprobar, la fría estructura de los platós limitó y desbordó su propio discurso:

Porque Bueno ejerció muchos años de maestro, enérgico de carácter y riguroso de concepto, hasta prácticamente su jubilación. Y cuando podía haber disfrutado de esa envidiable posición, la de constituirse en referencia intelectual para la ciencia, la política o el arte, o la de haberse dedicado a escribir y explicar sistemáticamente su obra o la de las opiniones de los filósofos, se convirtió en sujeto mismo del laboratorio intelectual que constituían los nuevos medios de Información y Comunicación. Si antes del episodio en el que las miserias humanas le negaron la condición de profesor emérito había participado en programas de televisión, a partir de aquí se lanzó con toda su alma en programas de masas, y muchos de sus discípulos y afectos a su filosofía pudimos comprobar los límites del discurso filosófico, no solo de Bueno, sino de la filosofía en general, en un medio tan frío y especializado, que tritura cualquier contenido que se le presente, incluida, naturalmente, la argumentación filosófica. Pudimos experimentar en el otrora maestro, cómo el concepto, que requiere de un espacio y de un tiempo que permita expresar su génesis, era absorbido por los espacios y tiempos de las nuevas tecnologías, por los brillos de los platós, por los ritmos que establecen los cortes publicitarios, por todo el «ruido» que produce el medio. Fuimos testigos de cómo la filosofía no era capaz de triturar ni opiniones ni comentarios ni ideologías, como pretendía el método de Bueno, sino que la filosofía misma, por más materialista que se autodenominara, era triturada ella misma por los intereses inmediatos de la economía y de la política, o por las exigencias de la publicidad. Si Bueno pudo resistir en ese papel de un Sócrates en la sociedad de las nuevas tecnologías, se debió, sin duda, a estar acogido y protegido por la Fundación que lleva su nombre. Quiero creer que de este experimento al que se entregó Bueno se sacarán consecuencias muy valiosas.

Y, naturalmente, cerraba con una referencia a las obras que me parecían, y me siguen pareciendo, fundamentales: *El animal divino* (1985) o *El sentido de la vida* (1996). Y, de manera especial, *Teoría del cierre categorial* (1992-1993). Desde mis primeras escaramuzas en la filosofía, quedé fascinado por la manera de resolver el problema del descubrimiento y la justificación científica. Los conceptos *identidad sintética* y *contexto determinante* nos permiten comprender la ciencia de una manera más adecuada que los clásicos *experiencia* y *teoría*. Es cierto que, como ha mostrado rigurosamente Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina, Bueno se topa con la mecánica cuántica, que se convirtió en una frontera que no supo o no pudo atravesar.

En otro trabajo, y desde mi perspectiva, los contextos determinantes podrían seguir siendo la clave para la organización de las verdades científicas, incluidas las de la mecánica cuántica. Tomaba como punto de partida los diagramas de Richard Feynman (cf. Boi, 2011 y Arana, 2012). Estos diagramas son representaciones simbólicas (conceptos gráficos) que permiten no solo calcular las interacciones electromagnéticas

y las interacciones débiles, sino también «visualizar» las interacciones entre partículas elementales. Así, por ejemplo, un protón puede escindirse para formar un pion y un neutrón que se reabsorben, poco tiempo después, para reformar el protón original. De manera general, los diagramas de Feynman describen los procesos que tienen lugar entre las partículas subatómicas. Todos los caminos contribuyen al resultado que se busca, con un peso proporcional a la acción total de cada camino. Pero esto es justamente lo que es *pensar*, dice Ortiz de Urbina: en la búsqueda del sentido *trasposable* se recorren simultáneamente los caminos que exploran lo imprevisible, en un tanteo conjunto en el que oscilan y se ajustan los pesos de sus probables trasposibilidades. Un tema que abre una constelación nueva de problemas a la reflexión filosófica y, de manera muy especial, el paso del sujeto operatorio al ego transoperatorio, que permite dar el salto desde la *identidad intencional* —en el lenguaje de la fenomenología— a la *identidad sintética* de las verdades de la ciencia clásica, precisamente por su capacidad de sintetizar determinadas *fantasías perceptivas* (la variación eidética de la fenomenología, cercana al contexto determinante del materialismo). Así se puede acceder al campo eidético, organizando unas estructuras cada vez más profundas y unitarias (Pérez Herranz, 2018).

134

Pero además de su vida familiar, profesoral y polémica, Gustavo Bueno será recordado por la originalidad de su reflexión filosófica, en la que destacan *El animal divino*, para mí su mejor libro, en el que muestra las relaciones ontológicas entre los hombres y los animales-númenes; *El sentido de la vida*, en la que muestra las coordenadas morales y éticas de la acción de los seres humanos; y su obra magna, *Teoría del cierre categorial*, de la que publicó cinco de los quince volúmenes prometidos; una teoría que resolvía muchos caminos sin salida a los que la filosofía de la ciencia se veía abocada tras las propuestas de Karl Popper, y que hoy queda abierta para ser continuada, quizá cuando se vayan apagando las llamas vivas, exageradas aunque inevitables, de las tomas de partido. Hoy es el día en el que se nos hace claro y distinto el comentario del Eclesiastés: «Mejor es ir a la casa del duelo que a la casa del banquete, porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón». A pesar de nuestras divergencias, o quizá por ellas, Gustavo Bueno permanecerá siempre en nuestro corazón.

* * *

«En fuga irrevocable huye la hora...», escribía nuestro insigne Francisco de Quevedo. Han pasado más de 25 años desde que se editó *Lógica para humanistas*. El

manual había sido editado con la urgencia pedagógica de ofrecer el libro para evitar tanto trazo de pizarra. Recuerdo haber explicado en un aula de la universidad, que fue en su día hangar de aviones. La pizarra se extendía por una de las paredes laterales y debía de medir unos quince metros. Comenzaba por un extremo y terminaba por el otro llena de tablas de verdad y de deducciones. El libro podía simplificar todo aquel despliegue. Y a esa labor dediqué todo el verano. Pero el texto estaba lleno de erratas. En mi fuero interno quedaba una espina y era el de dejar el texto lo más limpio posible. Ahora ha llegado la ocasión y se publicará *Lógica para humanistas* en una edición revisada. Esta edición será mi homenaje a don Gustavo Bueno. Y la lección a sacar de sus hipotéticos lectores: no les importe mirar al «dedo». Los dedos —la escritura— son los instrumentos que nos permitieron, en su momento, lanzar una nave que llevó a unos cuantos seres humanos a pisar la Luna. Aquella nave había sido resultado también de la manipulación de signos según operaciones lógicas y matemáticas, operaciones que habían realizado los dedos. La «luna» ahora, ya podía mirarse, porque era tan real como antes lo era el «dedo».

Bibliografía

- Arana, Juan (2012), *Los sótanos del universo*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Boi, Luciano (2011), *Morphologie de l'invisible*. Limoges, Presses Universitaires de Limoges.
- Bueno, Gustavo (1972), *Ensayos materialistas*. Madrid, Taurus.
- Bueno, Gustavo (1978a), «Reliquias y relatos: construcción del concepto de “historia fenoménica”», en *El Basilisco*, n.º 1, marzo-abril, pp. 5-16.
- Bueno, Gustavo (1978b), «Sobre el concepto de “espacio antropológico”», en *El Basilisco*, n.º 5, noviembre-diciembre, pp. 57-69, <<https://www.fgbueno.es/bas/bas10508.htm>>, [03/12/2024].
- Bueno, Gustavo (1979a), «Operaciones autoformantes y heteroformantes. Ensayo de un criterio de demarcación gnoseológica entre la Lógica formal y la Matemática (I)», en *El Basilisco*, n.º 7, pp. 16-39, <<https://www.fgbueno.es/bas/bas10702.htm>>, [20/04/2025]
- Bueno, Gustavo (1979b), «Operaciones autoformantes y heteroformantes. Ensayo de un criterio de demarcación gnoseológica entre la Lógica formal y la Matemática (II)», en *El Basilisco*, n.º 8, pp. 4-25, <<https://www.fgbueno.es/bas/bas10801.htm>>, [20/04/2025].
- Bueno, Gustavo (1980), «Imagen, símbolo, realidad (cuestiones previas metodológicas ante el XVI Congreso de Filósofos Jóvenes)», en *El Basilisco*, n.º 9, primera época, pp. 57-74.
- Bueno, Gustavo (1985), *El animal divino. Ensayo de una filosofía materialista de la religión*. Oviedo, Pentalfa.
- Bueno, Gustavo (1992-1993), *Teoría del cierre categorial*. Oviedo, Pentalfa. 5 vols.
- Bueno, Gustavo (1996), *El sentido de la vida. Seis lecturas de filosofía moral*. Oviedo, Pentalfa.

- Bueno, Gustavo (2010), «Tolerancia», en *Teselas*, Fundación Gustavo Bueno, 3 de noviembre, <<https://www.fgbueno.es/med/tes/t059.htm>>, [20/04/2025].
- Diógenes Laercio (2007), *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* (C. García Gual, ed.). Madrid, Alianza.
- Garrido, Manuel (1974), *Lógica simbólica*. Madrid, Tecnos.
- Muguerza, Javier (1974), *La concepción analítica de la filosofía*. Madrid, Alianza.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (1998-1999), *Lógica para humanistas*. Alicante, Club Universitario. 2 vols.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2016), *Lindos y tornadizos: el pensamiento filosófico hispano (siglos XV-XVII)*. Madrid, Verbum.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2017), «El sujeto en la filosofía de Gustavo Bueno: socialista, imperial y trascendental», en *Ábaco*, n.º 93: *El materialismo filosófico*. Gijón, CICEES, pp. 54-59.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2018), «Atrapar el “gesto”, proseguir la investigación. El papel de los contextos determinantes en las ciencias», en *PHI. Revista internacional de Filosofía Contemporánea y Filosofía de la Imagen*, n.º 0, pp. 9-55.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2019), *Ambiguus proteus: valor, exceso y morfología*. Madrid/Oviedo, Brumaria/Eikasía.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2021), *El esclavo, sombra de su señor: variaciones en torno a las declaraciones de Derechos Humanos*. Oviedo, Eikasía.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2022), *Cuatro cuadros y cuatro contrastes: en torno a la cuestión vasca*. Oviedo, Eikasía.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2023-2025), *Más allá de imperios y de naciones*. Oviedo, Eikasía. 4 vols.
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2024a), «Mi parentesco “escritural” con Teresa de Ávila», en *Eikasía*, n.º 122. Oviedo, pp. 219-232, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.122.916>>, [20/04/2025].
- Pérez Herranz, Fernando Miguel (2024b), *Más allá de imperios y de naciones, vol. 3. Y tú ¿de quién eres? Formación de la subjetividad hispana*. Oviedo, Eikasía.
- Sexto Empírico (2012), *Contra los dogmáticos* (Juan Francisco Martos Montiel, ed.). Madrid, Gredos.